

GONZALES ALVARADO, OSMAR

La correspondencia de Ricardo Palma

Contribuciones desde Coatepec, Núm. 16, enero-junio, 2009, pp. 183-200

Universidad Autónoma del Estado de México

México

Disponible en: <http://redalyc.uaemex.mx/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=28112196010>



Contribuciones desde Coatepec

ISSN (Versión impresa): 1870-0365

concoatepec@uaemex.mx

Universidad Autónoma del Estado de México

México

La correspondencia de Ricardo Palma

OSMAR GONZALES ALVARADO¹

En un esfuerzo meritorio, la Universidad Ricardo Palma ha publicado tres tomos del *Epistolario general* de Ricardo Palma (1833-1919), en los que se agrupa casi la totalidad de cartas que escribió a lo largo de su dilatada vida. La decisión del Rector de dicha casa de estudios, Iván Rodríguez Chávez, y el entusiasmo de Miguel Ángel Rodríguez Rea, Director de la Editorial Universitaria han sido los pilares para dar forma a esta magnífica publicación. La presentación es sobria y bella, nos evoca la época en que vivió nuestro tradicionista. Ahora, los interesados, investigadores y simples curiosos tenemos en nuestras manos un rico material documental para conocer más y mejor la vida y la obra del tradicionista. Antes de ingresar al análisis —inevitablemente parcial por la copiosa información que contiene el epistolario— deseo referirme a la importancia de las cartas personales para la investigación.

Las cartas personales como fuentes de investigación

Las cartas son y deben ser utilizadas como una rica fuente que apoya a la investigación histórica. En general, la correspondencia personal nos muestra aquella cara que el personaje trata de ocultar al público, y que solo se anima a mostrar a su entorno más cercano, compuesto por familiares y amigos. Aunque, dicho lo siguiente entre paréntesis, en la actualidad, esas murallas que antes se edificaban en torno de la vida privada, casi se han derrumbado como el Muro de Berlín. En

¹ Director de la Casa Museo Mariátegui. Instituto Nacional de Cultura del Perú. Correo electrónico: osmar.gonzales@gmail.com.

efecto, ahora vemos que muchos intelectuales y políticos tienen como un mecanismo de promoción de sí mismos y de su obra, la exhibición, a veces obscena, de su intimidad. Las fronteras de lo público y de lo privado ya no son tan nítidas como otrora.

Gracias a las cartas, lo que conocemos como virtudes políticas, descubrimos que tienen su otro lado, el de los vicios privados. En ellas, el personaje —aparentemente incólume— se nos presenta con fisuras espirituales, con envidias, rencores, miedos, tristezas, pero al mismo tiempo lo sentimos más humano, más cercano a nosotros. Tal es el caso de José María Arguedas, por ejemplo, quien en sus cartas puede tener juicios sumamente hirientes de quienes, incluso, se consideraban sus amigos, pero que se proyecta en sus novelas y cuentos absolutamente sensible, comprensivo e identificado con valores profundos. No quiere decir esto que el intelectual mienta o finja una postura, al menos no necesariamente, sino que como escritor tiene una responsabilidad social que debe cumplir.

Por otra parte, las cartas nos revelan la historia subterránea de los individuos, en este caso de los intelectuales. De estos, como observadores lejanos que somos, solo conocemos lo que nos quieren mostrar, y en verdad solo nos dejan ver la punta del *iceberg* de su personalidad. Pero también es cierto que cuando son sensibles a su tiempo, y viven intensamente sus circunstancias, aprendemos del contexto histórico en el que vivieron, incluyendo las vicisitudes sociales, los conflictos políticos, el momento espiritual.

Las cartas personales también nos explican con nueva luz los hechos que conocemos solo epidérmicamente. De sus obras nos enteramos usualmente cuando ya han sido publicadas, pero en esas pequeñas confesiones que son las cartas reconocemos las angustias del creador, los proyectos que empiezan a cobrar consistencia en su mente, las modificaciones que sufren con el tiempo y los que no se concretaron nunca. Algo parecido nos revelan las entrevistas. En un reciente volumen editado por Jorge Coahuila, *Mario Vargas Llosa. Entrevistas escogidas*, también podemos observar el *continuum* de su vida, sus variaciones ideológicas y políticas, sus cambios de expectativas, sus obras en ciernes —que muchas veces aparecen después de muchos años—, su proceso de madurez, etcétera. Ambas, cartas y entrevistas, constituyen un material de indudable riqueza para analizar al personaje-intelectual.

El cuidado que el personaje muestra por su correspondencia también es significativo. Hay quienes se preocupan por guardar una copia de las misivas que envían (como José de la Riva Agüero), pero otros olvidan completamente esta prevención. Sobre esto último es ilustrativo señalar que las cartas que guarda la Biblioteca Nacional del Perú de Luis Valera y Orbegoso —el famoso Clovis, periodista destacado de *El Comercio* en las primeras décadas del siglo xx—, son en su integridad las que este recibió, no hay una sola (hasta donde conozco) que él

haya escrito y enviado. Quizás esta práctica de guardar para la posteridad la correspondencia personal —o su completo descuido— nos indique el sentido de trascendencia que concibe para sí mismo el intelectual.

El estilo también es importante tomar en consideración al momento de analizar las cartas, pues hay intelectuales que aparecen prolijos (como Alfredo Bryce Echenique en *Doce cartas a dos amigos*, José Carlos Mariátegui o Riva Agüero, por ejemplo), pero hay otros que, por el contrario, se muestran bastante descuidados, especialmente en su ortografía, como es el caso de Abraham Valdelomar, quien en sus obras de creación es sumamente pulcro, todo un orfebre de la palabra escrita.

Dentro de este cuidado está el medio que se utiliza para redactar, algunos prefieren utilizar la máquina de escribir y otros simplemente la pluma. Antiguamente se consideraba de mala educación escribir cartas a máquina, pues se veía como una descortesía y poco personal. Pero con el avance del tiempo y el mayor uso de la máquina de escribir tal aprensión desapareció, facilitando con ello la labor de desciframiento del estudioso. Por ejemplo, la caligrafía menuda y errática de Francisco García Calderón constituye un suplicio para el investigador que tiene ante sus ojos alguna de sus misivas; todo lo contrario a Clovis o Riva Agüero, especialmente este último, cuya caligrafía es clara y redonda y, por lo tanto, de fácil lectura.

En nuestro tiempo, o mejor dicho, dentro de unos pocos años, quien quiera estudiar la correspondencia privada de los intelectuales que son ahora nuestros contemporáneos se va a encontrar con grandes dificultades. Hoy en día el avance de la tecnología hace más rápida la comunicación, pero también la convierte en más volátil. En efecto, los correos electrónicos, el fax, el chateo, el internet, nos interconectan como nunca antes, pero los vestigios de la comunicación desaparecen. Por ejemplo, luego de haber leído el correo electrónico lo más probable es que sea eliminado, sin llegar siquiera a imprimirlo y mucho menos a guardarlo, sea para no saturar la capacidad de la máquina o porque no lo considera relevante. Creo que hay más cantidad y volumen de información pero menos intensidad en la comunicación. En realidad, cada vez nos comunicamos menos.

Las cartas constituyen un vehículo de comunicación que ahora se está perdiendo. Lo mismo se puede decir de las tertulias, de la conversación, del encuentro en el café o en alguna casa particular, simplemente para charlar. La vida rápida del ser humano moderno, o posmoderno, lo que Gilles Lipovetski ha llamado la era del vacío, en donde prima lo efímero, la moda, el narcisismo o egoísmo exacerbado, ha llevado a que las relaciones humanas pierdan consistencia y sentido. Es necesario recuperar lo que de algún modo Jürgen Habermas y George Steiner han reclamado al ser humano de hoy: el sentido de trascendencia, saber

que no actuamos para el aquí y ahora solamente, sino también para el futuro y nuestros sucesores.

Las cartas de Palma

Los tres tomos de *Epistolario general*² se componen de 596 cartas que Ricardo Palma dirigió a diversos personajes de su época. En total, se trata de 1404 páginas y cada tomo está enriquecido por un índice onomástico y un índice toponímico.

Un primer elemento que hay que tomar en cuenta es que las cartas de Palma están ordenadas cronológicamente. De esta manera, el estudioso puede seguir el recorrido biográfico e intelectual del personaje, y reconocer los momentos y corresponsales con los que entabla comunicación. Las cartas acompañan e iluminan el curso de la vida personal. La elección cronológica de esta publicación es un rasgo peculiar, pues usualmente las compilaciones de las cartas se agrupan teniendo en cuenta el orden alfabético (por ejemplo, las de Riva Agüero), o seleccionando a un corresponsal específico (como las que se han editado de José María Arguedas y otras ediciones del propio Palma). Pero, por otra parte, la presentación cronológica de las cartas de Palma motivará un esfuerzo mayor del estudioso si este quiere conocer y analizar las características, intensidades, temas y otros asuntos, que nuestro tradicionista sostuvo con determinados personajes. En otras palabras, le demandará un esfuerzo de reconstrucción, que bien vale la pena hacer, para llegar a compenetrarse con la psicología del escritor.

Un aspecto relevante de las cartas es que muestran a diferentes Ricardo Palma o, mejor dicho, a Palma en diferentes facetas, y no sólo de escritor como estamos acostumbrados a identificarlo. Así, tenemos, como no podía ser de otra manera, al Palma literato, con clara conciencia de su valor como hombre de letras y de la importancia de sus tradiciones las que, aconseja, tienen que estar escritas como si fueran habladas. Considero que esta característica explica el hecho de que Palma se haya interiorizado en nuestra cultura, pues no necesitamos leerlo para saber de él; sus tradiciones, sus consejos, sus refranes, los repetimos en la vida cotidiana, y los hemos escuchado siempre. Esto lo convierte en un clásico de nuestras letras, en el sentido de que es aceptado por todos los peruanos tramontando divergencias políticas e ideológicas, lo que es muy poco común en el Perú.

² El primer tomo cubre los años que van de 1846 hasta 1891 (2005); el segundo tomo de 1892 a 1904 (2006), y el tercer tomo de 1905 hasta 1919 (2006), año del fallecimiento de Palma. El editor ha anunciado un nuevo tomo compuesto por cartas que se encuentran en la Biblioteca Nacional del Perú. Cada tomo es enriquecido por prólogo, notas e índices de Miguel Ángel Rodríguez Rea.

Otra faceta de Palma es la del político, especialmente cuando fue representante en el Congreso de la República por Loreto en cuatro legislaturas, entre 1868 y 1872, y desde cuya función puede percibir que la vida es fácil para los ociosos y dificultosa para los que han tomado en serio su responsabilidad social, terminando, incluso, agraviados e incomprensidos. Y que el reposo de la literatura no tiene nada que ver con el fragor de la lucha política.

La experiencia de Palma como exiliado o de “hombre desplazado”, como ha definido Tzvetan Todorov a aquel que sale de su lugar de origen, voluntaria o involuntariamente, también es importante. Palma tuvo que emigrar del Perú luego de que Ramón Castilla lo expulsara en 1861 debido a razones de enfrentamientos por el poder, por lo cual el escritor se asiló en Valparaíso, Chile. Desde esa exterioridad con respecto a la patria, Palma se comunica, entre otros, con su amigo José Casimiro Ulloa, director de *La Revista de Lima*; y desde el sur le envía artículos, pregunta por sus amigos, inquiere por la situación política sobre la cual emite opiniones y, cómo no, expresa sus deseos de volver.

No podía faltar el Palma patriota, que se manifiesta en sus cartas a Nicolás de Piérola, quien se había instalado en Ayacucho luego de tomar el poder en 1881 aprovechando el viaje del presidente Mariano I. Prado, quien supuestamente había viajado a comprar armamento para el conflicto que se estaba desarrollando contra Chile (1879-1883). En esas cartas Palma se revela como un escritor completamente diferente a como lo conocemos por sus tradiciones, amigables y con reconvenções llenas de humor. Por el contrario, en este conjunto de cartas Palma aparece con un lenguaje sumamente duro, anti-chileno, que se burla de sus enemigos políticos, en este caso de los civilistas que instalaron el gobierno de La Magdalena (por el distrito en el que se alojó) protegidos por el ejército invasor; por esta razón los llama con sorna “los magdalenos”. No olvidemos que Palma era un pierolista convencido, miembro del Partido Demócrata. En resumen, quien no conoce la firma de estas cartas puede confundirse y creer que se tratan de Manuel González Prada, el acusador de la oligarquía peruana. Tomando en cuenta el tiempo en que Palma se comunica con Piérola, resulta significativo, y llama poderosamente la atención, que no hay una sola carta de 1879, año del inicio de la Guerra del Pacífico.

Una carta que también sorprende es la que Palma le envía a González Prada el 25 de diciembre de 1885 respondiendo a una solicitud de este: que le enviara, por favor, las traducciones que hiciera del poeta alemán, Heine. Aquí aparece Palma como el maestro-amigo (“Mi buen amigo”, le dice a don Manuel). ¡Quién iba a pensar que pocos años después estas dos grandes figuras de nuestras letras irían a protagonizar el gran conflicto cultural de la vida peruana!

Finalmente, tenemos al Palma mendigo de libros, esto es, cuando ya ha sido nombrado Director de la Biblioteca Nacional en 1883, y tiene la misión de reconstruirla luego de la invasión del ejército chileno, que la utilizó como caballeriza y robó gran parte de sus colecciones bibliográficas y artísticas. Así, vemos a Palma pidiendo-mendigando libros a sus amigos de todo el mundo. Entre estas cartas destacan las que dirigió a escritores mexicanos como Victoriano Agüeros o Vicente Riva Palacio,³ en algunas de ellas menciona a otro intelectual azteca, Irineo Paz, a quien también le escribe una misiva el 24 de abril de 1886 para agradecerle la donación de sus libros a nuestra Biblioteca. Quizás este hecho no merecería mayor comentario si no fuera porque don Irineo Paz es el abuelo del gran poeta mexicano y premio Nobel de Literatura: Octavio Paz. Otro intelectual mexicano con el que Palma intercambiaba epístolas era Francisco Sosa, importante intelectual liberal y director de la Biblioteca Nacional de su país. Obviamente, en tan abundante epistolario se pueden encontrar cartas a escritores de otros países (como Argentina, México, Chile, Ecuador o España, por ejemplo). Ya habrá oportunidad para analizar con más detalle las redes que construyeron los intelectuales de fines del siglo XIX y principios del XX; como, a pesar, de tantas dificultades, constituyeron un incipiente campo transnacional de intercambio de ideas.

Las Tradiciones peruanas

Como era de esperar, a don Ricardo Palma lo llenaba de orgullo su creación máxima: las tradiciones, y en contra de lo que sostenían sus detractores, las reivindicaba como obras de gran valor literario, pues decía: “Para mí, una tradición no es un trabajo ligero, sino una obra de arte” (Carta a Vicente Barrantes, Lima 29 de enero de 1890). No obstante, reconoce que sus tradiciones son historias que ha recogido del saber popular y que él ha llevado al papel. Es interesante esta relación entre lo oral y lo escrito, entre lo hablado y lo impreso, entre la cultura popular y la cultura elevada. Por eso afirmaba:

Mis tradiciones, más que mías, son de ese cronista que se llama el pueblo, auxiliándome, y no poco, los datos y noticias que en pergaminos viejos encuentro consignados. Mía es, sin duda, la tela que las viste; pero no el hecho fundamental. Yo no invento, copio. Soy un pintor que restaura y da colorido a cuadros del pasado (Carta a Carlos Toribio Robinet, Lima, 18 de enero de 1878).

³ Un interesante comentario a las cartas de Palma a Riva Palacio se puede ver en el artículo de Leticia Algaba “Una amistad epistolar: Ricardo Palma y Vicente Riva Palacio” (1994).

De esta manera, Palma se presenta como un puente, un traductor y portavoz de quien no puede hacerse escuchar (el pueblo).

Por otra parte, por medio de este rescate de la sabiduría y la memoria populares, Palma siente que le hace un servicio al país, pues lo ayuda a conservar sus recuerdos, a evitar que estas pequeñas historias se olviden, a sedimentar su identidad, pero con un matiz fundamental: sus tradiciones, al mirar el pasado, contribuyen a sobrellevar, aunque sea por instantes, el ingrato presente, como le confiesa al bibliófilo argentino Juan María Gutiérrez:

Hastiado del presente, me he echado a vivir en el pasado rebuscando antiguallas y disputando a la polilla libros viejos. La conciencia me dice que acaso hago en esto un servicio a mi país (Lima, 12 de enero de 1875).

En tanto expresión artística —recomienda Palma— la tradición debe seguir ciertos patrones o modelos, una cualidad formal que la distinga y enriquezca expresivamente. Así Palma resume a Juan María Gutiérrez (Lima, 5 de julio de 1875) su manera de entender la creación de las tradiciones:

Creo que la tradición ante todo estriba en la forma. Deben narrarse como se narran los cuentos. La pluma debe correr ligera y ser sobria en detalles. Las apreciaciones deben ser rápidas, la filosofía del cuento o conseja ha de desprenderse por sí sola, sin que el autor la diga...Por lo menos, así he concebido lo que debe ser la tradición.

En otro momento, a Alberto Larco Herrera (Lima, 26 de febrero de 1907) le dice, reflexionando sobre tradición, pueblo e historia:

La tradición no es precisamente historia, sino relato popular, y ya se sabe que para mentiroso el pueblo. Las mías han caído en gracia, no porque encarnen mucha verdad; sino porque revelan el espíritu y la expresión de las multitudes. La tradición, a lo sumo, es un auxiliar de la historia. Porque despierta en el lector la curiosidad por investigar un hecho y consultar o beber el agua en mejor fuente.

Con don Miguel de Unamuno

En el tercer tomo de *Epistolario general* se puede encontrar también tres cartas que el escritor peruano envió al filósofo español.⁴ Recordemos que Unamuno —junto a José Enrique Rodó— cumplía hasta cierto punto el papel de guía espiritual

entre los hombres de ideas peruanos —y latinoamericanos— de principios del siglo xx. El autor de *En torno al casticismo* se constituyó un mentor que comentaba manuscritos (próximos a ser publicados), prologaba libros, canonizaba autores y hasta proveía de libros que algunos de sus corresponsales le solicitaban para redactar sus futuras obras.

Dentro de las cartas que envía Palma a Unamuno hay una especialmente significativa, escrita desde Lima el 19 de diciembre de 1905 acerca de algunos intelectuales peruanos. Empieza nuestro tradicionista informándole al profesor de Salamanca que le hizo llegar sus palabras de entusiasmo y admiración al entonces muy joven José de la Riva Agüero a propósito de su *Carácter de la literatura del Perú independiente*, tesis publicada en 1905, cuando solo tenía 20 años. Sobre este libro, posteriormente, el maestro español escribiría un extensísimo comentario elogioso en la revista *La Lectura*, que catapultó a Riva Agüero como uno de los críticos más precoces e importantes de América Latina.

Palma le comenta a Unamuno que Riva Agüero es biznieto del mariscal José de la Riva Agüero y Sánchez Boquete, autor de las 28 causas justificatorias de la independencia del Perú, y que terminó sus días amargado tras haber sido derrocado y desterrado por Simón Bolívar en 1823. También le refiere que el autor del *Carácter de la literatura* es heredero de títulos nobiliarios a los que no les concedía ninguna importancia por ser un republicano ardoroso. Con los años, las cosas cambiarían, pues luego de vivir en el exilio a causa del ingreso de Augusto B. Leguía al poder en 1919, Riva Agüero reclamaría el marquesado de Aulestia y Montealegre, cuando, al igual que su bisabuelo, cayera en la amargura espiritual.

Es interesante cómo describe Palma al joven Riva Agüero. Hijo único con una sola pasión: el estudio, tanto que, debido a su mala visión e impedido de la lectura nocturna por prescripción médica, contratava dos lectores por dos horas, de 9 a 11 de la noche; y, alejado de las diversiones propias de los jóvenes de la época, prefería gastar su dinero en libros y solo en libros. También informa Palma que Riva Agüero tenía dos amigos íntimos: Clemente Palma, hijo del tradicionista y sobre el que después Riva Agüero se referiría con amargura intensa en una carta personal, y Francisco García Calderón, cuyo *De litteris* también recibiría elogiosos comentarios de Unamuno.

Sobre García Calderón —también autor de *El Perú contemporáneo* (1907) primera visión integral del Perú— Palma le comenta al pensador español que también es descendiente de un personaje ilustre: don Francisco García Calderón Landa, el presidente de La Magdalena durante la invasión chilena a Lima en 1881

⁴ También se puede consultar *Unamuno y el Perú. Epistolario 1902-1934* de Wilfredo Kapsoli (2002).

y quien, por no aceptar las condiciones de rendición que le quería imponer el gobierno del país sureño, fue desterrado a Valparaíso, donde nació su primogénito Francisco.

También comenta Palma sobre la enfermedad que aquejaba al joven Francisco, la neurastenia, que lo volvía un ser irritable y depresivo. Enviado a Chile para reponerse, debió interrumpir su tratamiento, pues la noticia de una recaída en la salud de su padre lo obligó a retornar al Perú; lamentablemente, cuando pisó suelo patrio su padre ya había fallecido. El avance de la enfermedad llevó a Francisco hijo a intentar suicidarse. Para entonces, ya era una de las figuras intelectuales que más prometía, junto a su inseparable amigo de la infancia, Riva Agüero.

Palma no deja pasar la oportunidad para comentarle a su corresponsal su conflicto con Manuel González Prada. En primer lugar, decanta las opciones políticas e ideológicas; mientras Palma se ubica como un liberal, cataloga a su adversario como un radical. También le informa a Unamuno que no se cruzan ni el saludo desde 1890, y que en un artículo furioso le refutó la frase con la que el autor de *Horas de lucha* quiso congraciarse con los “muchachos inquietos”: “los viejos a la tumba y los jóvenes a la obra”. Socarronamente, Palma se pregunta si ahora, con 60 años a cuestas, su contrincante tiene fuerzas para sostener su aforismo; aunque acepta que sigue manteniendo su radicalismo doctrinario. Es justo mencionar que Palma reconoce en González Prada talento, incluidas sus exageraciones gramaticales. A los que no concede méritos literarios es a sus versos, así como tampoco soporta su “germanismo o alemanismo poético”. Finalmente, prefiere no litigar en cuanto a los asuntos del estilo, sobre todo en lo referente a los giros lingüísticos que utiliza en sus tradiciones y que González Prada tildaba como arcaísmos.

Siempre es interesante y útil para el observador que un intelectual, como Palma, exprese su forma de ver a sus pares. Las cercanías o las lejanías entre ellos, la identificación o el rechazo, son partes de sus relaciones y que, más allá de ellas, configuran el espacio en el que se desarrolla el debate de ideas.

Ricardo Palma, libros y la Biblioteca Nacional

Otro tema que se constituye como fundamental en el epistolario de Palma es el referente a la Biblioteca Nacional, que él mismo calificaba como su mayor obra. El general Miguel Iglesias —presidente del Perú luego de concluido el conflicto militar con Chile—, le pide a Palma, en 1883, que asuma la dirección de la Biblioteca Pública de Lima (ese era su nombre entonces) y le dé nueva vida para el servicio de los peruanos. Después de algunos leves reparos, Palma acepta el ofrecimiento.

Desde ese momento, su preocupación fue constante en darle las mejores condiciones con el fin de brindar el servicio más adecuado a los ciudadanos. Para ello no dudó en enviar muchas cartas pidiendo, rogando, suplicando por ayuda a sus conocidos, amigos y camaradas políticos, entre los que se encontraba el propio Presidente de la República: don Nicolás de Piérola. Lamentablemente, las comunicaciones de Palma están contenidas de un sentimiento de frustración ante la indolencia del gobernante con respecto a las necesidades de la primera institución cultural del país.

Pero antes de conocer el carácter de las misivas que Palma le dirigió a Piérola es necesario reconocer que es simpática la manera cómo el escritor siempre estaba buscando apoyo para los que consideraba sus hijos, es decir, los libros. En la carta que le dirige a Rufino Torrico (Lima, 11 de diciembre de 1883), Alcalde de Lima, manifiesta con inocultable orgullo que ha logrado su propósito de proveer de 20 mil volúmenes (la tercera parte de lo que tenía antes de la Guerra con Chile) a la Biblioteca que se reabría el 28 de julio de 1884. Ahora solo está concentrado —dice— en la construcción de anaqueles, en lo que felizmente el gobierno de Andrés A. Cáceres lo está apoyando. Pero tiene un pedido que hacerle a Torrico, y lo hace en el mejor estilo palmiano:

Pues, señor: quiero que la Municipalidad se encargue de vestirme siquiera mil quinientos volúmenes que andan por ahí los pobrecitos desnudos que da lástima verlos, absorbiendo humedad, maltrechos y comidos de gusanos, digo, de polilla.

La Tesorería Municipal no es tan pobre de solemnidad que, durante seis meses, no pueda gastar doscientos cincuenta soles de plata en costear la encuadernación de doscientos cincuenta tomos cada mes. Ya ve usted y ya verán sus dignos compañeros (a quienes confidencial, que no públicamente, ruego a usted lea estas mis letras petitoria y evangélicamente caritativas, pues de vestir desnudos se trata) que no es arco de iglesia mi pretensión.

Don Ricardo era, pues, un hombre unido apasionadamente al libro y a la biblioteca, que entendía como institución pilar de cultura. Por ello, no extraña su entusiasmo ante la iniciativa de los trabajadores limeños de principios del siglo xx —influidos profundamente por el pensamiento anarquista— para formar una biblioteca popular. Lamentablemente, por su avanzada edad y males de salud, no puede atender la invitación que le hace llegar Uldarico González Jara, Director de la Biblioteca Popular de los artesanos agrupados en Sociedades Unidas, para que asista a la inauguración de dicho espacio de cultura. El escritor le pide disculpas anticipadas por su ausencia, no sin antes felicitar a los trabajadores por iniciativa tan loable:

Hijo del pueblo, son también fiestas para mi espíritu las que los hijos del trabajo honrado celebran, y ninguna de más alta significación que la de inaugurar una biblioteca que influirá poderosamente en la cultura intelectual del artesano. El libro es una semilla que da fruto de bendición cuando cae sobre terreno apropiado, y hay que reconocer que en los obreros de Lima abunda lucidez cerebral que va a encontrar no sólo estímulo, en la creación de una Biblioteca popular sino ámbito magnífico para desarrollarse (Lima, 28 de julio de 1911).

Palma nunca dejó de preocuparse por la Biblioteca Nacional. Desde su primera carta a Piérola como Presidente, insiste en las necesidades —siempre apremiantes— de la primera institución cultural de la nación. Sin pudor, Palma se reafirma como un bibliotecario mendigo. No solo pide libros a sus amigos e instituciones extranjeras sino, incluso, al propio gobierno peruano. Lamentablemente, desde su fundación, la Biblioteca Nacional tuvo el carácter de una institución mendicante, de modo especial ante los gobernantes de turno, por lo general sin buenos resultados.

Palma, al ser un correligionario de Piérola —pues perteneció al Partido Demócrata— y un amigo muy cercano de este, pensó que sus solicitudes de recursos para la Biblioteca Nacional iban a ser atendidas en su totalidad y con presteza, sin embargo, rápida y dolorosamente, se dio cuenta que estaba muy equivocado. El desinterés permanente del gobierno por los libros nos indica algo sobre nuestra crisis educativa actual; esta no es producto de una coyuntura específica, sino de una conducta reiterativa de los gobernantes.

En la carta fechada en Lima, octubre 17 de 1895, Palma le comunica a Piérola que le ha hecho llegar un Memorando con “las necesidades más premiosas de la biblioteca”. Al parecer, el reclamo no tuvo eco, pues en una siguiente carta Palma le reclama respetuosamente al Presidente que mantener el mismo presupuesto del año anterior para la Biblioteca es un error, a pesar que su pedido no era excesivo: un aumento de 120 soles anuales para el incremento de algunas plazas y sueldos para unos pocos trabajadores. No obstante que Piérola encontró fundamentada la solicitud (como Palma lo deja entrever en otra carta) no la tomó en consideración (Lima, enero 21 de 1896). Ya Palma se iba dando cuenta que el gobierno no iba a ser el apoyo que él, optimistamente, esperaba.

Algunos meses después, en otra misiva, Palma le hace un sutil reproche al Presidente: prefiere escribirle porque verlo resulta ya imposible; los asuntos del poder son muy absorbentes. A pesar de la amistad de varios años que los une, el gobernante no se da tiempo para recibir personalmente al director de la Biblioteca Nacional. Por ello, Palma le avisa que solo va a dejar en el Ministerio su Memoria

anual como bibliotecario (Lima, julio 9 de 1896). Uno puede imaginar cómo se siente Palma en esos momentos, pues a pesar de ser el escritor más importante del país, eso no es tomado en cuenta por su amigo, el Presidente. Esperaba, mínimo, una deferencia, más incluso si ostentaba el cargo de director de la Biblioteca Nacional.

No obstante, la Biblioteca Nacional sí fue preocupación, un tanto delirante, del entonces diputado Augusto Durand, fundador y líder del Partido Liberal, y que tuvo importante presencia en la vida política peruana desde fines del siglo XIX hasta los primeros años del XX. Durand había presentado una propuesta legislativa para modificar algunos aspectos de la Biblioteca Nacional, propuesta que Palma se atreve a comentarle por medio de una carta personal y que fue publicada en el diario *El Comercio* el 5 de octubre de 1896.

Con un tono sereno, pero enérgico y a veces burlón, Palma critica uno a uno los aspectos de la propuesta del diputado Durand, para que, según sus propias palabras, conozca un poco más de cerca la realidad de la Biblioteca Nacional.

En primer lugar, Palma se lamenta que Durand no se haya tomado la molestia de visitar la Biblioteca y conozca su funcionamiento (que, además, es un reproche que hará constantemente, incluso a algunos presidentes). Después le da a entender que es improcedente que la Biblioteca Nacional atienda de noche al público, como proponía Durand, por una serie de motivos: “No hay Biblioteca, *Nacional* se entiende, en Europa, que esté en la noche abierta al público”. Y continúa:

¿Y sabe usted, mi apreciado señor Durand, la razón magna, y universalmente aceptada para que las Bibliotecas Nacionales no funcionen de noche? La de no exponerlas al peligro de incendio, a pesar de que en muchos países las estanterías son de hierro, y no de pino apollado o yeso, como en uno de los salones de la de Lima.

Sin imaginarlo, Palma aborda en dichas líneas un punto neurálgico que algunas décadas más adelante tendría serias repercusiones en la vida institucional de la Biblioteca Nacional: “El incendio de una biblioteca popular representa la pérdida de una corta suma de dinero y de libros de fácil adquisición; pero en una Biblioteca Nacional, significaría un verdadero desastre y la destrucción de libros raros y valiosos y de documentos manuscritos muy importantes. El mal no se remediaría con dinero”. Esto fue lo que ocurriría exactamente en 1943, cuando el incendio que destruyó la Biblioteca Nacional y que Jorge Basadre hubo de reconstruir desde sus cimientos.

Prosigue Palma señalando, con evidente orgullo por su gestión, que la Biblioteca que él reconstruyó está valorizada en 200 mil pesos oro. “Abrigando por la Biblioteca, que he tenido la singular fortuna de crear y organizar, el cariño que todo autor tiene por su obra, disculpará usted, señor, que me esfuerce para salvarla del peligro de ser devorada por las llamas”. Lamentablemente, el cariño y cuidado que Palma mostró por la Biblioteca no los tuvieron otros funcionarios posteriores a él y permitieron que las llamas la devoraran, como ya recordé.

En sus comentarios al proyecto de Durand, se queja Palma que, salvo los presidentes Manuel Iglesias y el propio Piérola, los demás presidentes no se han ocupado de la Biblioteca, aunque agradece al Congreso, con cierto sarcasmo, los 100 soles mensuales que ha destinado al pago del trabajo de encuadernaciones.

Por otro lado, Palma también se opone a que la Biblioteca tenga que atender al público los domingos —pues, dice, hasta Dios descansó ese día—, y menos con las bajas remuneraciones que reciben los trabajadores. No le asusta el trabajo a Palma, no se opone por eso, sino porque considera que el personal también tiene derecho a descansar. Después conviene en que la sala de lectura esté abierta, pero le pregunta a Durand “¿qué pensará usted cuando sepa que de cada diez lectores, ocho, por lo menos, leen novelitas frívolas y versos insustanciales? ¿Y para esos futuros literatos de cajetilla de cigarros se nos ha de imponer recargo de labor?”. Palabras que resuenan muy actuales, en momentos que se está discutiendo sobre la lectura y los lectores en el Perú. ¿Se lee?, ¿qué se lee?, ¿se comprende lo que se lee?

Finalmente, Palma subraya la mala suerte que ha tenido la Biblioteca Nacional: “Desde los tiempos, que yo alcancé, del sabio [Francisco de Paula González] Vigil, hasta los de este humilde amigo y servidor de usted, ha sido la Biblioteca una institución muy desafortunada”. Y luego relata sus esfuerzos, la mayoría de las veces infructuosos, por dotar a su institución de estantes, libros, anaqueles, arreglar salas e imprimir catálogos, es decir, igual a como sucede ahora (Lima, octubre 5 de 1896).

Aun con todas las restricciones que encuentra, Palma se muestra optimista ante Piérola porque cree que en su Memoria anual, que enviará en julio, “podrá estampar que poseemos ya los 35,000 volúmenes que, antes del malón chileno, tuvo la biblioteca de Lima, en sus tres salones” (Lima, noviembre 18 de 1896). Este dato es histórico, pues hasta ahora sigue siendo materia de debate cuál era el acervo bibliográfico de la Biblioteca Nacional hasta antes de la invasión a Lima en 1881. Hoy que las negociaciones con Chile se han reiniciado para recuperar nuestro material bibliográfico, dicha cifra adquiere una nueva importancia. No obstante el optimismo mostrado por Palma, lo más constante es su decepción con res-

pecto al escaso interés mostrado por los sucesivos gobiernos. A Piérola le reclama: “Dije a usted ayer que la formación de biblioteca nacional era una tela de Penélope: Yo tejo y los gobiernos destejen...” (Lima, abril 30 de 1898). En otras partes y posteriormente, Palma referiría sus vanos intentos porque el presidente Leguía visite las instalaciones de la Biblioteca.

Pero a Palma le sorprende más aún que siendo Piérola un hombre culto y cosmopolita, no tome en serio la importancia de la Biblioteca Nacional. Lo puede entender de Andrés A. Cáceres o de Remigio Morales Bermúdez, presidentes anteriores a Piérola, que eran militares y, por sus propias funciones, no estaban muy enterados del papel que cumple una Biblioteca Nacional y que eso explica su desatención para con ella, pero de Piérola ese desinterés le causa asombro y espanto:

Que los hombres de sable, que no tienen por qué saber lo que un libro significa, hayan desatendido a las bibliotecas, es lógico. Pero usted un hombre de letras, que sabe manejar y utilizar los libros, un hombre que ha viajado y conoce lo que es o debe ser ¡¡¡una biblioteca!!! Con un poco de voluntad y de entusiasmo, le bastarán a usted lo siete meses y medio de gobierno para realizar la obra. Ha dado usted al país una casa de correos, que es la más meritoria ante la posteridad de las obras públicas por usted realizadas. ¿Por qué rechaza usted la gloria de darle también biblioteca? ¿Qué motivos de resentimientos he podido dar a usted para que no me cumpla la promesa que me hizo, hace tres años, de que no terminaría su administración sin que mis aspiraciones e ideales bibliotecarios fueran una realidad? ¿Estaré condenado por usted a morir, sin haber visto que nuestra biblioteca es, siquiera en lo ostensible, digna de un pueblo culto? (Lima, enero 18 de 1899).

Ya he señalado que es fácilmente imaginable la desazón que seguramente sintió Palma porque sus reiterados reclamos ante el gobierno por mayor atención a las necesidades de la Biblioteca cayeron en saco roto. Pero también debemos agregar que esa frustración se agrava cuando Palma, sin falsas modestias y conciente de su importancia en las letras peruanas e hispanoamericanas, comprueba que no recibe el trato que merece. Con Hernán Velarde (que está en Petrópolis, Brasil) es muy tajante:

Ni mi afán de veinte años por formarle al Perú una Biblioteca valorada en más de medio millón de soles, ni mi perseverante labor literaria de más de medio siglo me han conquistado consideraciones en nuestra tierra. En todas las repúblicas americanas se me estima y se me quiere, y sólo en la patria se me trata con ultrajante

desdén, esto es cuando no se discuten mi persona y merecimientos (Lima, 31 de agosto de 1903).

Para nuestra mala suerte, seguimos igual. Y Palma continuó quejándose con mucha razón, esta vez el depositario de sus tribulaciones fue su propio hijo, Ricardo, a quien le escribe contándole que el gobierno ha rebajado el presupuesto de la Biblioteca para comprar libros de 4 mil soles a 2 mil (Lima, 29 de setiembre de 1909). Se fue Piérola, ahora es Leguía, pero los problemas siguen siendo los mismos.

El tono de un Palma consciente de su inevitable ancianidad es evidentemente de desencanto. En breves líneas al líder arequipeño Francisco Mostajo, deja explícita su desazón:

Sólo por mi perseverancia en el estudio y en la labor literaria pude conquistar popularidad para mi nombre, popularidad que he tenido la singular fortuna de usufructuar en bien de la patria, pues sin aquella no habría alcanzado a restaurar la Biblioteca Nacional, que durante más de quince años no disfruté de otro auxilio fiscal que el muy ridículo de cien soles al mes (Lima, 21 de febrero de 1910).

Para ese tiempo, Palma ya tenía en mente mandar a construir un nuevo local, más moderno y apropiado, para la Biblioteca Nacional, y para ello había concertado cita con el presidente Augusto B. Leguía. Así se lo hizo saber a su hijo Ricardo en dos cartas (Lima, 26 de junio de 1911 y Lima, 10 de julio de 1911). A pesar de su edad, Palma no deja de pensar en realizar cambios para dicha institución. Nuevamente a su hijo Ricardo, convertido en una especie de confidente epistolar, le escribe para decirle que probablemente su *Memoria Bibliotecaria* de 1911 sea la última que escriba por su fatiga y porque está cansado de lidiar con los presidentes casi infructuosamente.

Si el Congreso no accede a mi empeño de que se decrete la fábrica de edificio bibliotecario para que se inaugure en 1921, tendré en Enero próximo que renunciar [a] la dirección que he servido 28 años. El actual presidente [Leguía], en tres años, no ha dispuesto de una media hora para visitar la Biblioteca, en la que ya no tengo donde depositar más libros (7 de agosto de 1911).

¡Qué lástima!, de haber escuchado en su momento a Palma, hubiéramos tenido una nueva Biblioteca sin necesidad de esperar la catástrofe del incendio de 1943. Nuevamente, Palma pudo ver detrás de sus gruesas gafas más lejos que los propios gobernantes. En este asunto del nuevo local, Palma se mantuvo vital,

como le escribe otra vez a su hijo Ricardo: “Yo no la he de hacer [la nueva Biblioteca] ciertamente, pues ni salud ni vida tengo para la labor; pero sí aspiro a la satisfacción de dejarle el terreno allanado a mi sucesor” (Lima, 4 de setiembre de 1911). Debieron pasar tres décadas para que Basadre levantara de sus escombros a la Biblioteca Nacional, como sabemos. Pero Palma ya había avanzado bastante en su proyecto, aun cuando sospechaba que el gobierno no tenía interés de someter el tema al Congreso. El terreno para el edificio sería propiedad del Estado, el de San Juan de Dios, que era ocupado por la Compañía de Bomberos. Incluso, Palma ya había pedido que se realizaran algunos planos que “demandan 50 metros de frente por 90 de fondo” (carta a su hijo Ricardo, Lima 11 de setiembre de 1911).

Pero los disgustos para Palma no acabarían. En este sentido, es muy enfática la carta que le dirige al entonces Ministro de Justicia, Agustín G. Ganoza (Lima, 11 de enero de 1912), a quien desde el inicio le hace saber su bochorno: “Jamás pude imaginar en los 27 años que llevo al frente de tu Biblioteca Nacional, por mis esfuerzos restaurada, que me colocaría por Gobierno de mi patria en la situación indecorosa en que hoy me encuentro ante acreedor extranjero”. Sucede que Palma se endeudó con la casa de Fernando Fé de Madrid en la compra libros con la promesa del gobierno de proveerle el dinero oportunamente para que pagara las cuentas. Pero este no cumplió con darle al director de la Biblioteca lo acordado en el momento justo y la deuda se fue agrandando quedando el propio Palma, según sus palabras, como un “tramposo vulgar”. Por ello le suplica al ministro que acelere los trámites para que el tesoro apruebe la partida y pueda pagar por los libros ya recibidos.

A principios de 1912 Palma fue cesado de su cargo de Director de la Biblioteca Nacional producto de algunas desavenencias con el gobierno, siendo presidente Augusto B. Leguía, y así se lo hace saber al historiador español Marcelino Menéndez y Pelayo (Lima, 17 de marzo de 1912), al Secretario de la Real Academia Española Mariano Catalina (Lima, 17 de marzo de 1912), a Daniel Granada y al filósofo Miguel de Unamuno. Su disgusto e indignación son evidentes.

Ese mismo año, 1912, sería de gran importancia para la vida política peruana. Era un año de elecciones para presidente. Se enfrentaban el civilista Ántero Aspíllaga y el demócrata Nicolás de Piérola. El proceso eleccionario fue interferido por la multitud popular que apoyaba a un contendiente: Guillermo E. Billinghurst. El objetivo de la protesta fue impedir la votación, pues se aducía fraude. Efectivamente, el proceso electoral fue interrumpido y quedó en manos del Congreso la designación del nuevo Presidente de la República. Así, en setiembre de 1912, el Congreso designó a Billinghurst nuevo Presidente del Perú. Antes que esto ocu-

riera, en agosto, Palma le había escrito a su hijo Ricardo crudamente acerca de los enfrentamientos políticos que se avecinaban. Palma ya entreveía que Billinghurst iba a ser designado presidente, pero que el problema mayor era que Leguía iba a imponer a su hermano Roberto como vice-presidente para gobernar “sin responsabilidad ni compromisos”. La amistad con Billinghurst no le impedía a Palma ser absolutamente duro y certero en sus juicios.⁵ Es más, profetizaba:

Don Manuel Pardo, en 1872, estuvo a la moda, y por la moda subió a la presidencia. Pero la moda se evaporó pronto y a los seis meses de Gobierno no había en Lima más pardistas que los empleados de las oficinas. Lo mismo va a repetirse con don Guillermo. Será Leguía quien, sin responsabilidad ni compromisos, gobierne. Don Manuel Pardo gobernó con su circuito íntimo y personal, negándose a dar ni un gramo de arroz a los que no eran íntimamente civilistas. Lo que es Billinghurst no nombrará ni un portero sin anuencia de don Augusto. Tremendo 1913 espera al Perú. Después de cinco o seis meses vendrán días atroces para Billinghurst, pues dudo infinito de que sea hombre capaz de romper con su Mefistófeles y de gobernar por cuenta propia (Lima, 12 de agosto de 1912).

Dos semanas después, el 26 de agosto de 1912, Palma volvía a escribir a su hijo Ricardo reiterándole su percepción acerca del triunfo de Billinghurst: “Esta vicepresidencia [de Roberto Leguía] es la mosca negra de la victoria billinghurstista”.

Palma no estuvo para nada desacertado. El gobierno de Billinghurst fue tremendamente convulso y duró solo 16 meses, hasta febrero de 1914, cuando fue derrocado por el golpe militar encabezado por el general Óscar R. Benavides y planeado por los hermanos Jorge y Manuel Prado. Como vemos, Palma no solo era un gran literato, también era un fino observador de la vida política peruana.

Dos años después de su destitución, Palma fue desagraviado por el gobierno de Benavides al ser nombrado “Director Honorario de la Biblioteca Nacional y Consultor”, una vez despojado de la dirección de la misma institución al furibundo rival del tradicionalista, Manuel González Prada y nombrando en su lugar a Luis Ulloa, propuesto por el propio Palma. Él mismo se lo comunica a Emilio Cotarelo, Secretario de la Real Academia Española (Lima, 29 de julio de 1914) con gran entusiasmo. Pero en febrero de 1916, Palma renuncia a tal designación, aparentemente por problemas de salud. El gobierno acepta su renuncia, pero con un error que Palma se lo restregará burlonamente en la cara. Ocurrió que en el decreto

⁵ Sobre la relación entre Palma y Billinghurst se puede consultar *Cartas de Guillermo E. Billinghurst a Ricardo Palma* de Osmar Gonzales y Delfina González del Riego (2005).

supremo en el que se acepta la renuncia se consigna la palabra “Consultador” y no Consultor. Por ello, en la misiva que Palma le dirige al Ministro de Instrucción, Wenceslao Valera, concluye de la siguiente manera: “Cumpló con el cristiano deber de avisarlo a usted para que ni la rúbrica del Presidente de la República ni la firma de su ministro de *Instrucción* [sic] continúen autorizando la existencia de vocablo tan disparatado” (Lima, 12 de febrero de 1916).

La última referencia a la Biblioteca Nacional que se encuentra en el epistolario de Palma es acerca de su lucha porque el Congreso iguale su cesantía a 40 libras esterlinas por mes, que es el sueldo vigente del Director de la Biblioteca. Palma le cuenta orgulloso a Emilio Cotarelo el hecho que tanto los 71 diputados que concurrieron a la sesión, como los 32 senadores asistentes votaron a favor de su causa. Tal unanimidad, dice Palma, “pasaría por fabuloso si no lo comprobase con el relato oficial de las sesiones” (Lima, 18 de setiembre de 1917).

* * *

Ricardo Palma es considerado el patriarca de las letras peruanas, y sus tradiciones lo identificaron a él como creador de un estilo diferente para contar historias que guardaban su propia verdad (su verdad literaria), no necesariamente la verdad histórica. Pero Palma fue también un eficiente funcionario, y muestra de ello fue la Biblioteca Nacional que reconstituyó en su funcionamiento y libros en pocos meses. Además de ello, el escritor fue un político sagaz y agudo analista político. Pero algo más, que quisiera destacar para concluir estas páginas: Palma fue un hombre cosmopolita. Amando como amaba a su país, supo establecer relaciones con escritores e intelectuales del diferentes países, y contribuir a establecer el espacio necesario —por medio de epístolas básicamente, pero no únicamente por ellas— para un intenso intercambio de opiniones. Ahí están sus ideas acerca de la literatura, del lenguaje, de la historia, de la política. Los tres tomos del *Epistolario general* que tan generosamente nos ha entregado la Universidad Ricardo Palma es el cabo de una frondosa madeja que los investigadores e interesados debemos desenredar.

Bibliografía citada

- Algaba Leticia (1994), “Una amistad epistolar: Ricardo Palma y Vicente Riva Palacio”, *Secuencia. Revista de historia y ciencias sociales*, núm. 30, Instituto Mora, septiembre-diciembre.
- Kapsoli, Wilfredo (2002), *Unamuno y el Perú. Epistolario 1902-1934*, Lima, Universidad Ricardo Palma-Universidad de Salamanca.
- Gonzales, Osmar y Delfina González del Riego (2005), *Cartas de Guillermo E. Billinghurst a Ricardo Palma*, Lima, Editorial Universitaria, Universidad Ricardo Palma.